



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

La maravillosa ley del equilibrio

Exposición del Mensajero del Eterno

NUESTRO querido Salvador vino para dar su vida a favor de todos los seres humanos, para que pudieran recibir una nueva vida, nuevos sentimientos y una mentalidad divina; es en la vida diaria con sus queridos discípulos que él puso de manifiesto prácticamente estos sentimientos gloriosos.

La influencia del fluido vital, que se desprendía de nuestro querido Salvador, obraba de una manera admirable en los corazones que estaban bajo el espíritu demoníaco. Este mal espíritu era así paralizado por la acción de la gracia divina que podía producir su efecto sublime y dar de nuevo un vigor extraordinario a cuerpos fuertemente aquejados por la enfermedad provocada por el desequilibrio.

Cuando pensamos en la impureza en que se encontraban los diez leprosos que fueron sanados por el Señor; cuando nos apercebimos que este mal implacable hace podrir vivos a los que lo padecen, podemos comprender los efectos provocados por la violación de la ley que rige el cuerpo. En un instante, la influencia del espíritu de Dios pudo restablecer el equilibrio en esos organismos deteriorados y en putrefacción, purificándolos y sanándolos súbitamente. ¡Es algo prodigioso!

Es por esta maravillosa ley del equilibrio que gira la tierra. Ella gira continuamente alrededor de su eje polar y de una estrella fija llamada sol, que la alimenta. El que pone todo este mecanismo en movimiento es el Eterno, a quien los seres humanos no conocen actualmente. Ellos no tienen ninguna noción de estas cosas gloriosas. Algunos sabios dicen incluso que el hombre desciende del mono y que todo se hizo por sí mismo.

En nuestros días, los grandes de este mundo se aprovechan de las capacidades de los pequeños, qué están bajo su dependencia. La sociedad humana está en desequilibrio, y por eso no puede ayudarse a sí misma. Hay hombres de ciencia, eruditos y médicos, pero todos mueren. Si los médicos conocieran la verdad, podrían ayudar útilmente a la humanidad, pero no pueden salvarla, y ellos también pasan por la misma hiler. Es así en todas direcciones, porque el desequilibrio está por todas partes en el seno del mundo.

El equilibrio de la temperatura ha sido igualmente destruido por los seres humanos, que han ocasionado grandes estragos en la vegetación. Ahora vemos llanuras sin árboles hasta perderse de vista. Es un desequilibrio completo; por eso tiritamos en invierno y tenemos demasiado calor en verano.

Si desde hace siglos los seres humanos no hubieran seguido una conducta insensata y

egoísta, el equilibrio existiría aún. La tierra sería un lugar de delicias, no haría nunca demasiado frío, ni demasiado calor. No habría niebla ni lluvia. A la primavera sucedería el otoño, y al otoño otra vez la primavera; reinaría una temperatura constante e ideal.

Estas son apreciaciones generales sobre el equilibrio; pero si consideramos a fondo el problema, si examinamos nuestro cuerpo, vemos que en él también existe una maravilla de equilibrio. El equilibrio físico del cuerpo humano es sublime. Desgraciadamente, el equilibrio mental no existe actualmente en el hombre. Incluso hay gentes cuyo desequilibrio es tan acentuado que los llaman locos, a los cuales hay que encerrar.

Estamos sometidos a ciertas hipotecas que provienen de las malas impresiones que hemos recibido y que son del dominio egoísta. Es menester librarnos de estas hipotecas, y no lo conseguimos a la primera. Todos los progresos que podemos hacer en este sentido nos proporcionan una inmensa bendición y engendran en nuestro corazón una nueva fuente de alegría y de protección; es la situación de los discípulos que se esfuerzan en ser fieles.

El Señor dice: "Mis ovejas conocen mi voz y no escuchan otra voz, me siguen y no siguen a los extraños." Si sabemos decir esto con convicción, y sobre todo vivirlo con fidelidad, entramos en el dominio del equilibrio perfecto, lo que significa la vida. En cambio, si no andamos según la ley del altruismo, si seguimos confiándonos en el egoísmo, nuestro organismo será nuestro justiciero. El cuerpo nos hará sufrir, y cuando lo hayamos maltratado bastante, será la muerte.

Es verdad que el salario del pecado es la muerte, mientras que el equilibrio que se nos ofrece es la vida eterna en Jesucristo, nuestro querido Salvador. Él puso sus preciosos méritos en la balanza para colmar el déficit con el valor de su sangre derramada. De esta manera, obtenemos este maravilloso resultado: la vida. Tenemos de nuevo el equilibrio.

En lo sucesivo, el dios de este mundo no puede afligirnos con temores de tormentos eternos, ni con el pensamiento del infierno, del purgatorio, etc. Es nuestra mentalidad la que restablece el equilibrio, y tenemos inmediatamente una orientación segura en estas palabras: "El que ama conoce a Dios, el que no ama jamás le ha conocido", cualesquiera que sean sus pretensiones.

Recibimos lecciones admirables, y es maravilloso comprender los caminos del Eterno por el lado científico, que no podemos desmentir. Los escribas y los fariseos antiguos y modernos, que están continuamente ocupados en discutir algún

pasaje bíblico, no consiguen la luz. Mientras estaban, discutiendo en Constantinopla sobre un texto bíblico, Mahoma se aprovechó de la ocasión para pasarlos a filo de espada. Esto puso automáticamente término a sus discusiones teológicas; los disputadores fueron dispersados, a otros les cortaron el cuello, y Mahoma penetró en Constantinopla.

Cuando estalló la Gran Guerra de 1914, la gente se precipitaba en las iglesias, diciendo que había que orar para que terminase la guerra. Yo les dije: "No acabará la guerra tan pronto, aunque oréis; hay lecciones que aprender, y cuando se siembra el viento se recoge la tempestad."

Actualmente la claridad es completa respecto a la verdad. No es más el momento de decir: "Dios me ha castigado", cuando nos hemos portado mal y que cosechamos sus consecuencias. Si la Biblia dice que "el Eterno envió un mal espíritu a Saúl", nos alegramos ahora de saber a qué atenemos sobre las intenciones divinas, que nunca son malévolas, sino sólo benévolas.

¡Cuánto podemos darle gracias al Eterno de conocer la ley del equilibrio, que nos permite darnos cuenta de que el Eterno es amable, benévolo, bueno, maravilloso y fiel en todos sus caminos y en todas sus creaciones!

La armonía que existe en el universo es sublime. Cuando se piensa en la circulación de los planetas al rededor del sol, en todo lo que se manifiesta en el espacio, constatamos que la armonía se encuentra en todas partes; es un equilibrio, que nos entusiasma.

Todos los días, la salida del sol tiene lugar a una hora determinada, se puede contar con él como el vigía cuenta con la mañana. Nos alegramos de sentir esta gloriosa y magnífica potencia que rige todo en el inmenso universo, y que quiere también dirigirnos, si queremos aceptarla.

Nuestro cuerpo representa una perfección admirable. David supo reconocerlo bien. Él dijo en un impulso de gratitud y de entusiasmo; "Te alabo, oh Dios, de que me hayas hecho una criatura tan maravillosa; tú me compaginaste en las profundidades de la tierra, y todos los días que me estaban destinados, tú los conocías de antemano." Por lo tanto, podemos confiarnos en el Eterno, en este maravilloso y poderoso Pastor.

El profeta David no conocía a nuestro querido Salvador, como ahora lo conocemos en su poder de bendición, la cual estaba incluida en la promesa hecha a Abraham. Tenemos ahora todos los detalles. Conocemos la vida de nuestro querido Salvador en la tierra. Él sabía poner todas las cosas en equilibrio, en este equilibrio perfecto que refleja la paz, la alegría, la

calma, el consuelo, la completa seguridad, sin preocupación alguna.

Cuando nuestro querido Salvador estaba con sus discípulos en la barca, había un gran desequilibrio a su alrededor y en sí mismos, a tal punto que hacía temblar a viejos marineros experimentados, entre ellos al apóstol Pedro. Sin embargo, con una sola palabra de nuestro querido Salvador, todo recobró de nuevo la tranquilidad.

La influencia del fluido vital, que emanaba de nuestro querido Salvador, obraba en favor de los enfermos que le presentaban. Les procuraba el equilibrio, y el dolor desaparecía de ellos. Esto requería que nuestro querido Salvador poseyera montañas de amor y de ternura, profundidades de celo y de abnegación por la Casa del Eterno. Es así como finalmente, él pudo poner en la balanza su preciosa y gloriosa vida para el rescate de los seres humanos condenados. Es ahora como podemos comprender mejor su ministerio, cuyo objetivo era devolver el equilibrio a la humanidad.

Nos encontramos delante del maravilloso equilibrio que para el caso se llama la misericordia divina. Desde los cielos, el Eterno ve a los desgraciados de la tierra, y les tiene compasión; pues están hechos para vivir y no para morir. Por eso el Eterno tiene por ellos una profunda consideración. Antiguamente, les envió a sus profetas, que las gentes religiosas de aquel tiempo combatieron.

Ya en la familia de José se manifestaba la oposición, porque José tomaba a pecho las cosas de Dios, mientras que sus hermanos eran gentes religiosas, aunque pretendieran ser verdaderos israelitas. Consentían fácilmente en hacerse circuncidar, como hoy bautizan a los niños, pero nada más. En realidad, un bautismo así no sirve de nada, porque lo más elemental es estar convencido de lo que uno hace, para que tenga valor.

En tiempo oportuno, el Eterno envió a sus profetas. Estos eran como nosotros seres humanos que buscaban la verdad, no estando satisfechos con lo que el adversario servía a las gentes en la tierra. Como buscaban algo mejor, enseguida recibieron ayuda y el socorro se manifestó a su favor.

Dios dijo a Abraham: "Sal de tu tierra y de tu parentela". El obedeció, fue fiel, y el Eterno pudo apartarlo y bendecirlo. Tenía consigo a su sobrino Lot, que aspiraba a riquezas materiales. Esto provocó una contienda entre los pastores de Lot y los de Abraham. Abraham le dijo entonces a su sobrino: "No haya altercado entre nosotros dos. Escoge la tierra que más te agrade. Si tú vas a la izquierda, yo iré a la derecha; y si tú vas a la derecha, yo iré a la izquierda. Escoge lo que quieras."

Abraham no buscaba las riquezas materiales, mientras que Lot codiciaba las fértiles llanuras de Sodoma y de Gomorra. Esto fue su infortunio, porque en esta tierra vivían unas personas sumamente pervertidas. Los reyezuelos del lugar le declararon la guerra a Lot y lo hicieron prisionero, pero Abraham le prestó auxilio y lo libró de su mal paso. Abraham existió así maravillosamente para el bien de Lot.

Abraham fue fiel a los caminos del Eterno, por eso fue bendecido admirablemente, y su descendencia con él. Isaac le tuvo un apego sublime a su padre. A la edad de treinta años, se dejó atar dócilmente sobre el altar que su padre había levantado, y se sometió a su voluntad con una obediencia sublime.

Más tarde Isaac tuvo también hijos. Esaú y Jacob. Jacob amaba las promesas, y como les tenía mucho aprecio, recibió la bendición. Después de Jacob, José tomó también a pecho las promesas, y fue odiado por sus hermanos porque tomaba en serio los caminos del Eterno. El dio su testimonio a sus hermanos, y sabemos lo que sucedió; ¡pero de qué manera guardó y bendijo el Eterno a José!

Vemos, pues, que la ley de las equivalencias se manifiesta continuamente, de una manera inmutable, y es lo mismo para nosotros. Si somos fieles, la bendición que llevaremos será un tesoro inmenso que procuraremos a la humanidad. Nos amarán porque seremos dignos de ser amados, porque habremos traído el perfume de la bendición.

Para Moisés, se presentaba la misma situación que para José; era él quien había de traer la bendición al pueblo de Israel, que a menudo fué tan duro de oído, y tenía el cuello tieso como una barra de hierro. A los hebreos no les agradaba obedecer, y por eso toda clase de cosas vinieron a manifestarse en su existencia. Pero después de las terribles tribulaciones y de todos los sufrimientos aguantados en Egipto, se decidieron de todos modos a seguir a Moisés. Él los soportó con una paciencia y una abnegación sublimes.

La fe de Moisés logró equilibrar de una manera admirable a todo el pueblo de Israel. ¡Cuántas dificultades se presentaron en el desierto! ¡Qué fe y fidelidad necesitó Moisés para equilibrar todo esto!

Admiro también el equilibrio traído por David, que consiguió hacer vibrar al pueblo de Israel con sus salmos, su fe, su ardor y su celo. Él logró despertar el corazón del pueblo y atraerlo a la práctica de la ley del Eterno. Desplegó tal poder de entusiasmo por el Eterno, que una maravillosa bendición se extendió sobre todo el territorio de Israel. Vemos lo que un solo hombre puede realizar como cosas fantásticas con los que se asocian a él. David tenía por asociados a sacerdotes como Tsadok y otros más; con David pudieron mantener un equilibrio admirable.

Durante el alto llamado, nuestro querido Salvador ha traído a su vez un equilibrio sublime. ¡Qué bendición, qué majestad y qué gloria han sido desplegados por nuestro querido Salvador con su obra inefable! Nadie ha sabido hablar como él lo hizo a los pescadores que habían trabajado durante toda la noche sin coger peces. Al entrar en contacto con él, realizaron una pesca milagrosa que los confundió y los atrajo irresistiblemente a Jesús.

El Señor les dio así el mejor testimonio posible. No podía hablarles un lenguaje más conocido de estos pescadores de oficio; por eso lo comprendieron perfectamente. Luego les dijo: "Os haré pescadores de hombres". Es así como ellos fueron invitados a su vez a procurar el equilibrio a otros.

Nosotros mismos también nos alegramos de poder ahora establecer el equilibrio para el mundo y darle gloria al Eterno, manifestando verdaderamente la revelación de los hijos de Dios a la humanidad doliente. No son las disertaciones religiosas ni un espíritu de secta que pueden darnos lo necesario para mantener el equilibrio de la gracia divina.

Delante de nosotros tenemos la ley de la justicia, tamizada por el amor y la misericordia. Tenemos instrucciones precisas que nos hacen conscientes de la situación y de nuestro deber.

Seamos sinceros y honrados, tengámonos horror a la hipocresía y a la religiosidad. No queramos ser de estos crédulos con los cuales el adversario hace todo lo que quiere, como lo hace con las denominaciones religiosas que se mueven en la niebla de la credulidad. El apóstol Santiago declara: "Los demonios creen y tiemblan".

La credulidad no tiene ningún valor, y es la situación de las gentes religiosas. Los seres humanos son egoístas que pretenden buscar su propio interés. En realidad, ellos se cortan el propio suministro, puesto que sólo es posible hacerse realmente bien a sí mismo, haciéndolo a los demás. Este es un equilibrio admirable y maravilloso. Por eso estamos profundamente agradecidos de beneficiarnos de un conocimiento tan precioso.

Procuremos, pues, con todo nuestro corazón mantener el equilibrio de todos los que están en torno nuestro, sosteniéndolos y orando por ellos. Y cuando haya alguna cosa que soportar, hagámoslo con gozo, porque sabemos que traeremos así un equilibrio para la bendición de nuestro entorno.

Vivimos para la edificación y el estímulo de los demás cuando ven la manera como nos comportamos. Pongamos todo nuestro corazón para no permanecer gentes religiosas. Volvémonos hijos de Dios verdaderos que tienen fe y confianza en el Eterno, estando seguros de que nada puede sucederles que no sea para su bendición.

El programa que tenemos es de una grandiosa belleza. Nos llena de alegría el pensamiento de poder realizarlo. Se tranquiliza nuestro corazón, sentimos paz, alegría y consuelo, no tenemos más temor. Prometimos dar nuestra vida. Si nos ejercitamos en darla día tras día con la ayuda del Señor, cuando llegue el momento de darla completamente podremos hacerlo con alegría y gratitud. En cambio, si tenemos reticencias, si hacemos como la gente religiosa, cuando llegue el momento de ser pesados, seremos hallados demasiado ligeros, porque no nos habremos ejercitado día tras día en llenar nuestro ministerio.

El renunciamiento debe ser vivido fiel y honradamente, si queremos tener la victoria. Ahora tenemos la ley universal; este conocimiento nos facilita muchísimo en todas direcciones; nos da sobre todo la noción del equilibrio perfecto, tal como ha de mantenerse. El amor es la vida. Tomemos, pues, la dirección del amor, que es la dirección de la vida, de la alegría y de la bendición.



Preguntas para el cambio — del carácter —

1. ¿Reconocemos siempre la voz del buen Pastor, y no seguimos ninguna más?
2. ¿Hemos podido subordinar todo a la voluntad divina y al Reino de Dios?
3. ¿Como hemos realizado las pruebas de perseverancia, de fe, de amor y de nobleza?
4. ¿Apreciamos lo suficiente el conocimiento de la ley universal, y existimos siempre para el bien?
5. ¿Nos ha permitido traer mucho estímulo y bendición a nuestro alrededor la fidelidad en vivir el programa divino?
6. ¿Tomamos siempre la buena dirección, la del amor divino que purifica el corazón?